

Civilización y barbarie en el discurso dominante en 1976

Natalia Baraldo

La importancia de la dicotomía civilización/ barbarie en la historia política argentina ya ha sido señalada por muchos pensadores. En tanto categorías que sintetizan una determinada realidad social, su uso en el discurso político ha tenido diversas funciones a lo largo del proceso histórico nacional. Como metáfora del nacimiento de la Nación, su aparición en el *Facundo*, en 1845, puso en evidencia la realidad de una Argentina dividida, conflictiva, por momentos irreconciliable. Como pregunta por la identidad nacional, fue una fórmula recurrente en ciertos períodos de crisis de un determinado marco de identificación y anunció la búsqueda o recuperación –siempre conflictiva– de otros.

Nuestra hipótesis es que en 1976 se evidenció una reutilización de estas categorías, o más claramente de uno de sus polos, el de civilización, que en el nuevo marco político-ideológico se identificó con el *mundo occidental y cristiano*. Sin embargo, hablar de la civilización supone necesariamente su contrario, es decir la barbarie. En el nuevo contexto internacional y en la propia realidad del país, la barbarie ya no designó al mundo primitivo ni al gaucho de la campaña, sino a lo que en el discurso dominante se ha identificado como *subversión*. Históricamente, la dicotomía ha tenido como función, entre otras, la estigmatización del Otro, es decir la reducción y relegación

de todo aquello que no se adecue a los valores indiscutibles de la civilización. Fue, y todavía lo es, una fórmula de combate; una manera particular de construcción del adversario.

La figura de Sarmiento también fue recuperada durante el “Proceso de Reorganización Nacional”, pero no a modo de homenaje, sino como figura que sintetiza una serie de valores y premisas para la acción del presente y del futuro del país. La imagen de Sarmiento fue apelada en tanto autoridad moral. El discurso militar prescribió entonces los valores fundamentales que había que recuperar en momentos de crisis como el que se vivía. Era el *ser argentino* el que estaba en peligro de desaparición frente a la acción internacional del comunismo.

El objetivo general de este trabajo es analizar los usos y funciones de *civilización y barbarie* en el discurso dominante de mediados de los años setenta, a partir de la irrupción de un nuevo autoritarismo, el *régimen burocrático–autoritario* (Cfr. O'Donnell, G., 1973). De esta premisa general, nos interesa indagar:

- Los sentidos que se le adjudican a cada uno de los polos y los sujetos concretos a los que hacen referencia, comparando los sentidos de la dicotomía tal como fue usada en 1976, con las diversas significaciones que tuvo en el discurso sarmientino.
- La descripción y valoración que se hace, desde ese esquema categorial, de la situación por la que atraviesa el país y la proyección social que de ella se desprende.
- Los sujetos y las prácticas sociales concretas que sostienen dichos discursos.

Algunas consideraciones teóricas y metodológicas

Para nuestro ejercicio de análisis del discurso, en el marco de la Historia de las Ideas Latinoamericanas, hemos elegido seis artículos periodísticos del Diario *Mendoza*, publicados durante el primer año de la Dictadura. Complementamos el *corpus*

con el “Acta de Propósitos y Objetivos Básicos del Proceso de Reorganización Nacional”.

Los artículos seleccionados hacen mención a diversos temas: la importancia de la familia, la educación, la vigencia de ciertas figuras históricas (entre ellas, Sarmiento), la violencia de la guerrilla, el protagonismo de los jóvenes, la crisis de valores y de autoridad. Esta diversidad temática es de gran utilidad para reconstruir los sentidos que se le asignaron a las categorías de la fórmula sarmientina en 1976.

Hemos dividido nuestro trabajo en dos partes de acuerdo a los objetivos trazados. En primer lugar, partimos de los usos y funciones de la dicotomía civilización / barbarie en el dispositivo simbólico de la tradición liberal argentina, principalmente en el discurso de Sarmiento. Con ello queremos dar cuenta de la función de la fórmula en el proceso de construcción del Estado nacional y contrastarlo luego con los sentidos que se le asignan en 1976, durante el “Proceso de Reorganización Nacional” (PRN).

Esta comparación no supone, sin embargo, que entre el Proyecto Modernizador del siglo XIX y el PRN la dicotomía no haya sido recuperada y resignificada por otras tradiciones políticas e intelectuales, sino que para los fines de este análisis tomamos estos dos períodos históricos; sin perjuicio de volver, cuando nos resulte preciso, a las resemantizaciones que sufre la fórmula luego de Sarmiento. Este regreso a las distintas formas en que civilización / barbarie ha sido retomada y reutilizada en distintos momentos históricos nos ayudará a desentrañar los sentidos que se le adjudican en 1976.

En un segundo momento, el análisis está orientado a las resemantizaciones que sufre la dicotomía en el discurso dominante a partir de 1976, tomando como referencia los artículos periodísticos y el “Acta de Reorganización Nacional”. Identificamos las categorías fundamentales, su sentido axiológico, como así también el universo ideológico en el que se inscriben.

En el desarrollo del análisis vemos cómo los sujetos sociales que expresan la figura de la barbarie han sido diversos en cada momento histórico, así como la valoración que se ha hecho de

ella. La importancia de los medios masivos de comunicación en la época que nos interesa estuvo en estrecha relación con la situación social y política de nuestro país. En sentido amplio, definimos a los medios de comunicación como ámbitos fundamentales en el proceso de construcción simbólica de la realidad.

La situación precedente al golpe de estado de 1976 puede caracterizarse como un estado de *crisis orgánica*, es decir crisis de la sociedad en su conjunto, crisis de las formas tradicionales de organización de la vida social y política, y crisis de los marcos tradicionales de identificación. Esta crisis del modo en que una sociedad se ha representado a sí misma se hizo visible a través de la emergencia de prácticas sociales que anunciaban otros modos de vida posibles, nuevas formas de conciencia social, podríamos decir una *moral emergente*¹. Ante esta amenaza real, las clases dominantes intentaron recomponer su hegemonía, esto es, la dirección intelectual y moral del pueblo.

A partir de marzo de 1976, se vio con mayor claridad el papel fundamental de los medios masivos como constructores de representaciones sociales capaces de generar el consenso de

1 La categoría de *moral emergente* ha sido propuesta por Arturo Roig: "La particular situación de dependencia tanto colonial como poscolonial latinoamericana, así como las formas de opresión, marginación y miseria que han vivido y viven vastos sectores sociales de nuestro continente, por causas que no solamente son externas, han generado de modo constante movimientos de emancipación y liberación. Esta situación, expresada ya de modo claro desde fines de siglo XVIII, ha dado lugar a una moral a la que hemos denominado *emergente*, la que tiene como idea reguladora la *dignidad humana*". (Arturo Roig, "Problemas hermenéuticos para una fundamentación de la ética", Mimeo, 1993). En un trabajo más reciente, la caracteriza como "el pensar dado en la misma praxis social", la moral implícita y a veces manifiesta de "los movimientos sociales que, con diversos grados de espontaneidad y en circunstancias diversas, expresan, de modo constante, sus requerimientos de dignidad, de libertad y de igualdad, mediante formas diversas de resistencia, desobediencia y disenso, con la voluntad, no siempre suficientemente clara, de quebrar todo lo que oprime y aliena". (Arturo Roig, "Las morales de nuestro tiempo: un reto para las nuevas generaciones". En Adriana Arpini (compiladora), *América Latina y la moral de nuestro tiempo*, Mendoza, EDIUNC, 1997. 8). Esta moral emergente, no ha alcanzado siempre niveles teóricos, aunque no por esto le han faltado manifestaciones discursivas. Roig la caracteriza como una razón práctica en ejercicio, inseparable de las luchas sociales contra las formas sistematizadas de opresión (lo universal en cuanto universal ideológico).

la población, respecto de los objetivos y premisas principales del nuevo proyecto histórico de los grupos dominantes. Si bien tomamos en cuenta las críticas a la concepción instrumentalista del Estado, la cual considera a éste principalmente como instrumento directo de dominación de clase, durante este período de excepción del juego democrático el aparato estatal y sus instituciones mediadoras (entre ellas los medios de comunicación), así como sus prácticas y visiones del mundo, estuvieron claramente vinculados a los intereses de las clases dominantes.

Siguiendo a Antonio Gramsci, podemos caracterizar la dominación a la luz del concepto de hegemonía. Aunque ambas suponen entre sí una íntima interrelación deben diferenciarse. La hegemonía hace referencia a una relación compleja y amplia: la capacidad de una clase o grupo social dado de articular a sus propios intereses los de las clases subalternas, aunque subordinando los de estas últimas. La hegemonía es una doble relación sustentada principalmente en la capacidad de las clases en el poder, de obtener el consenso activo de los dominados. Es, en síntesis, una suma de consenso más coacción física, donde esta última adquiere peso justamente en los períodos de crisis orgánica, de crisis de autoridad, de debilitamiento del consenso respecto de una forma de organización social. Podríamos calificar al “gobierno” de la Junta de Comandantes como un estado de dominación sin hegemonía, de allí la necesidad de acentuar la coacción física, sistemáticamente promovida desde el Estado, para lograr la subordinación a las nuevas reglas de juego.

Sin embargo, ningún proyecto de dominación puede sostenerse exclusivamente sobre la base de la violencia o la coacción física. Es preciso, para su continuidad, lograr la adhesión respecto de los valores y objetivos del Proceso. Esta reconstrucción del consenso sobre los valores de la *civilización cristiana y occidental*, tuvo a los medios de comunicación y al sistema educativo como lugares privilegiados, pues son lugares desde donde se organiza la vida cotidiana y por ende, lugares desde donde se garantiza la reproducción de la vida social.

1. “Civilización o barbarie” o el nacimiento de la Nación

La República era solicitada por dos fuerzas unitarias: una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior; otra que partía de las campañas, y se apoyaba en los caudillos que ya habían logrado dominar a las ciudades: la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana. (Domingo. F. Sarmiento, Facundo).

La Batalla de Caseros en 1852 anunció el fin de un período histórico y el comienzo de otro con características muy distintas. Caseros inauguró el proceso de organización nacional, entendido dentro de un proyecto general de modernización del país de acuerdo al modelo liberal europeo de mediados de siglo XIX. Dicho proyecto tuvo como agente promotor a la burguesía urbana y a los intelectuales ilustrados de la Generación del '37, especialmente a Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. El triunfo de Caseros significó, para los sectores liberales, la posibilidad de organizar el país como Nación moderna, que implicaba, entre otras cosas, la incorporación al sistema de la división internacional del trabajo. Esa fecha indicó, como lo ha señalado A. Roig, el punto de inflexión entre el conservadurismo hispano-criollo y el comienzo de los gobiernos liberales de signo oligárquico y europeizante. La elite liberal que tomó el poder se entendió así misma como portadora de los valores e ideales de la *Ilustración* y el *Progreso*; valores que se sintetizaron en la imagen/ idea de *civilización*.

Las categorías de civilización y barbarie constituyeron en ese momento histórico, herramientas ideológicas fundamentales en el imaginario liberal. Herramientas con las que la elite dominante intentó leer su presente y su pasado más próximo, así como proyectar el futuro deseado.

Ahora bien, si la nueva elite gobernante era la portadora de los valores de la civilización –cuyo modelo eran Europa y los

EEUU-, el orden derrocado, presidido por Rosas, pertenecía a la barbarie. La imagen de la barbarie estaba asociada con el legado colonial, el atraso y la ignorancia propias de un estadio primitivo del desarrollo de la humanidad. Para los dirigentes del momento, el caudillismo, las fuerzas de campaña y sus montoneras campesinas pertenecían a una realidad que era preciso suprimir; una realidad antimoderna en la que se mezclaba el legado español y las fuerzas americanas nativas, cuyo resultado eran la anarquía y el atraso. Este *desorden* se evidenció por un lado, en el período de guerras civiles posteriores a la emancipación política y por el otro, en la dictadura rosista que se prolongó por casi veinte años y que provocó la emigración de intelectuales, entre los que se contaba Sarmiento.

En *Facundo* Sarmiento puso en acto la dicotomía civilización / barbarie. Escrito en 1845, durante el exilio, tuvo una impronta política innegable: como lo ha señalado Maristella Svampa, es un libro contra Rosas y el orden social que representa; un orden primitivo y bárbaro que obstaculizaba el destino de grandeza del país dentro de la gran empresa civilizatoria, cuyos referentes principales eran Francia e Inglaterra con sus revoluciones modernas y su ideario liberal (Svampa, M., 1994, 32).

Civilización o *Barbarie* reflejó, antes de 1852, una estrategia de lucha de la burguesía para conquistar el poder. Pero esta burguesía fundadora del Estado Nacional no accedió al poder invocando al pueblo o a una sociabilidad anterior que hubiera que recuperar y salvaguardar de la "tiranía" rosista, pues todo ello, incluido el pueblo americano, fue estigmatizado con la imagen de la barbarie. La burguesía tuvo como fuente de legitimación al progreso y a la civilización, como horizonte en nombre del cual se excluyó a las poblaciones nativas.

El problema de la organización nacional planteado desde la oposición entre civilización/ barbarie no permitió posibilidad alguna de conciliación o superación dialéctica, por lo que fue inevitable, desde la enunciación misma dentro de una lógica de guerra, la exclusión de uno de sus términos. No fue, entonces, civilización y barbarie, sino más bien civilización o barbarie.

De allí la dimensión combativa del binomio, que vehiculizó una práctica de la exclusión (Roig, A., 1993, 37).

Dijimos que es en *Facundo* donde Sarmiento recupera la oposición civilización/ barbarie. Nos interesa analizar la forma en que se han construido las categorías en dicha obra. Es preciso, entonces, volver a Sarmiento y su *discurso civilizatorio*, tarea que realizaremos siguiendo a A. Roig.

1.1. Sarmiento, la civilización y la barbarie

Como ha señalado Roig, la Generación del '37 a la que pertenece Sarmiento y Alberdi fue la que diseñó el proyecto de la Argentina moderna. Su programa social y político fue el de la civilización, y se expresó en lo que Roig denomina *discurso civilizatorio*. Es decir, que además de aportar directamente a la construcción de la "nacionalidad argentina", Sarmiento y Alberdi inauguraron en América una nueva forma discursiva. Para los fines de este trabajo, nos interesa particularmente analizar el *discurso civilizatorio* en Sarmiento, pues es su figura la que se invoca en los discursos de 1976.

Roig ha distinguido dos momentos en *Facundo*: un momento de descriptiva social y otro de proyección social. El *Facundo* como descripción literaria y social de un caudillo, sus raíces y vivencias, es el "poema de la barbarie" antes que el de la civilización. Sin embargo, aunque allí la fórmula está invertida, la categoría de barbarie supone a la de civilización; de allí que el texto integre el *discurso civilizatorio*.

La figura de la *barbarie* alude aquí a un *mundo primitivo* con sus costumbres y sus encantos naturales, donde se percibe una perfecta armonía del hombre con la naturaleza. La visión realista que Sarmiento intenta darle a esta descripción de la realidad de *Facundo* y que, según Roig, constituye la parte poemática del libro, finaliza con la muerte del caudillo riojano. La segunda parte del texto es la puesta en acto del proyecto civilizatorio, es decir, el momento de la proyección social de la obra, el momento utópico donde se abandona el tono literario. En este segundo momento, la categoría de *barbarie* se construye

en relación con la de *feudalismo* que es recuperada con una significación distinta a la clásica. Feudalismo designa para Sarmiento por un lado, el poder colonial residual expresado en las costumbres y la ideología “medievalista” de los representantes del antiguo “despotismo”, la ideología religiosa y patriarcal. Por el otro, designa a la *barbarie* de las montoneras campesinas y sus caudillos. Ambos se contraponen radicalmente al proyecto de la civilización pues el feudalismo, desde la matriz sarmientina, es sinónimo de disolución de los lazos sociales y, al mismo tiempo, un “ejercicio de la igualdad” contrapuesta a la igualdad burguesa en tanto representa la amenaza de una democracia inorgánica, espontánea.

Desde el marco del proyecto civilizatorio, la barbarie es considerada un obstáculo, e incluso su contra cara. Esta valoración negativa de la barbarie ya está presente en *Facundo* y encontrará en *Conflicto y armonía de las razas en América Latina* su máxima acentuación. “Civilización o barbarie” como fórmula que da cuenta de la lucha entre dos fuerzas y mundos irreconciliables, constituye una suerte de matriz de pensamiento que inaugura una historiografía y un modelo de país y define quiénes son los actores y destinatarios del progreso y la civilización.

El peso de la categoría de barbarie en *Facundo* arrastra una nueva lectura del proceso histórico nacional. “El lugar importante y definitorio que ocupa aquélla se debe en buena medida a que ha cambiado el criterio de organización de la historia” (*Ibidem*, 36).

Ahora bien, ¿qué suponía pensar el presente y el pasado desde esta matriz categorial?, ¿Cómo se leía la historia y cómo esa lectura contribuyó a legitimar prácticas excluyentes?

En *Facundo*, principalmente en el momento de la descriptiva social, la oposición entre civilización y barbarie no respondía aún, de modo estricto, a aquella dialéctica opcional, sino que la *barbarie* hacía referencia a una realidad rural, un estadio primitivo que coexistía –aunque conflictivamente– con los espacios donde se albergaba la civilización: las ciudades periféricas. *Civilización* puede equipararse aquí con urbanización.

Civilización y barbarie se oponen pero forman parte del mismo proceso histórico, leído desde un esquema evolucionista; constituyen dos etapas sucesivas dentro del desarrollo ascendente de la humanidad.

Ya en el segundo momento, señalado por Roig, y en consonancia con las obras posteriores de Sarmiento, la barbarie no es entendida como un estadio primitivo sino como una realidad incompatible con la de la civilización. Aquí la historia se lee desde una lógica de exclusión: *civilización o barbarie*, imagen que designa dos formas de vida esencialmente distintas, pero donde la civilización constituye el valor incontestable asociado al progreso.

Si la Batalla de Caseros abrió camino a la organización nacional, también allí comenzó la historia del país. Lo anterior no forma parte de la Historia Nacional. Ésta comienza al vencer a Rosas, máxima representación de la barbarie. La historia no se leía entonces como continuidad, sino como ruptura; comenzaba cuando nace el Estado Nacional. El Proyecto Modernizador tenía a la civilización como ideal, y si todo lo americano era bárbaro y por tanto un espacio vacío de humanidad, se consideraba preciso “llenar” dicho espacio con sujetos civilizados.

El lema “Gobernar es poblar”, en consonancia con aquella lectura idealista de la historia nacional, abrió paso a una política inmigratoria. Política que fue avalada en la Constitución del '53, documento fundacional de una Argentina que daba la espalda a su pasado para embarcarse en el tren del progreso. La identidad de la “nueva Argentina” era aún intangible. El *nosotros* era todavía una ausencia y un anhelo. Pero a la pregunta por el nosotros, se respondía directamente mirando a Europa y especialmente a los Estados Unidos, nación joven y americana que había superado y extirpado a la barbarie.

La oposición “civilización o barbarie” fue entonces el principio en nombre del cual se excluyó a la población nativa, y el ideal en nombre del cual se promovió la inmigración. La fórmula desliza dos lógicas opuestas, como lo ha señalado M. Svampa, una de exclusión de la barbarie, y una de integración de todos

los habitantes de la nueva sociedad a través de la educación como mecanismo político de construcción de la ciudadanía y la nacionalidad argentinas (Svampa. M., 1994, 46–49).

La dicotomía tendrá así,

una doble dimensión en la construcción del estado liberal. Hablamos de una vertiente integracionista, cuyos núcleos centrales están constituidos por la generalización del progreso y la función atribuida a la educación. Es lo que se ha dado en llamar una ideología del progreso ilimitado. La otra dimensión (la exclusionista) funda un principio de dominación política, sustentado en el gobierno de una minoría, los notables (*Ibidem*, 58).

“Civilización o barbarie” fue la matriz programática de la Generación del ´80, cuya tarea fue consolidar el Proyecto modernizador tendiente a colocar al país en el espectro de las naciones civilizadas, evocando de ese modo una historia y lucha comunes.

2. 1976: “Patria o Muerte”. La Restauración de la Nación

... estamos alineados en la causa común de América: defender nuestro sistema de vida occidental y cristiano contra los embates del totalitarismo rojo (Gral. Onganía, *La Razón*, 22/09/1965).

Dijimos que en 1976 se evidencia una reutilización de la imagen sarmientina. Como veremos a partir del análisis de los artículos periodísticos, el uso de la dicotomía no es una constante en todos los textos seleccionados. Lo que sostiene nuestra afirmación inicial es más bien la sospecha de que la forma en que se aborda la conflictividad social, la manera en que se representa la existencia de un país dividido y en que se construye al Otro, se inspira en la misma lógica que se desliza en la fórmula “civilización o barbarie”, tal como fue usada por

Sarmiento en el segundo momento de *Facundo*, y principalmente por la generación del '80 a partir de los efectos inesperados de la inmigración².

A partir del Golpe de Estado, la Junta de Comandantes estableció un conjunto de nuevas oposiciones: Mundo Occidental y Cristiano / Subversión; Patria / Apartida; Tradición Nacional / Ideologías Foráneas; Valores trascendentes / filosofías ateas y materialistas; Autoridad / demagogia; Educación / Infiltración ideológica; espíritu nacional / fanatismo gregario y oscurantista; Liberalismo / Comunismo. Estas categorías se inscribían en un marco ideológico, condicionado por el contexto internacional de la Guerra Fría y la consecuente división del campo mundial en dos polos opuestos: campo socialista y campo capitalista.

En América Latina la expresión de esa lucha internacional fue la Doctrina de la Seguridad Nacional; y su aplicación práctica en estas latitudes por parte del poder militar, dio cuenta de un posicionamiento a favor de uno de los campos.

Este fue el escenario histórico desde el cual se hicieron visibles los desplazamientos del sentido original de la dicotomía civilización/ barbarie. La figura de Sarmiento también fue invocada desde este nuevo campo de batalla, no sólo para ser homenajeadada sino para declarar la vigencia del modelo global

2 A fines del siglo XIX, y principalmente durante la época del Centenario se irán articulando dos procesos: el desencanto con el inmigrante, que no resultó ser aquel ciudadano laborioso de ideario liberal que esperaba Sarmiento; y la recuperación de una pretendida tradición nacional que operará el Nacionalismo, y que producirá el primer desplazamiento del sentido original de la fórmula sarmientina de "civilización o barbarie". En efecto, este primer Nacionalismo reutilizará la dicotomía para dar cuenta de la conflictividad social definida a partir del dilema nativo-extranjero cuyo sujeto, la clase obrera inmigrante con sus ideas revolucionarias, ocupará la figura del nuevo bárbaro. Este primer desplazamiento operará como inversión de la jerarquía de valores, inversión que llevará a asignarle una valoración "positiva" a la barbarie que antaño ha sido valorada negativamente: El inmigrante obrero, antiguo aliado, será la nueva imagen de la barbarie; y por el contrario, se buscará la identidad nacional en la tradición provincial y la cultura criolla, que antes eran la figura de la barbarie. Sin embargo, el primer Nacionalismo no realizará una mera inversión axiológica, es decir, no todo lo que antes era considerado bárbaro será recuperado. (Cfr. Svampa, M., 1994, 57-97, principalmente los puntos: "Del inmigrante real al nuevo bárbaro" e "Intelectuales y Nación en la época del Centenario").

de sociedad que suponía la idea sarmientina de civilización, tal como la entenderá la institución militar.

2.1. Quién habla y en nombre de quién se habla: La Junta Militar como enunciador clave

Nuestra institución es sana, no está contaminada por las lacras del extremismo ni con la sofisticación de un tercer mundo, que no da la vida al verdadero Cristo ni con la tortuosa y demagógica actitud de caducos políticos que ayer adoptaron posiciones que hoy olvidan... (Capitán de Navío Horacio Mayorga, en 1976. Citado por Ábalo, R., 1997, 23).

De los seis artículos seleccionados del Diario *Mendoza*, cuatro constituyen reproducciones de discursos pronunciados por interventores militares en el gobierno, ministros y voceros de la alta jerarquía eclesiástica. El par restante –“Presencia de Sarmiento” y “Después de la pesadilla, retornan a Tucumán la paz y la seguridad”–, fueron redactados por la dirección del Diario, en el primer caso, y por un corresponsal militar, en el segundo. Como criterio general, el Diario *Mendoza* reprodujo documentos o discursos, sin hacer ninguna valoración ni comentario; la mediación periodística estuvo casi ausente. Esto dio cuenta de una de las formas en que el gobierno de la Junta monopolizó no sólo la violencia física sino las representaciones sociales. Este monopolio de lo simbólico se sostuvo en la intervención a los medios de información. Como lo han señalado E. Blaustein y M. Zubieta, “uno de los recuerdos más socorridos sobre los primeros tiempos de la dictadura es el que gira en torno de la súbita interrupción de la transmisión televisiva que daba paso al *Comunicado número...* Los diarios no hacen sino amplificar socialmente esa misma verticalidad y la consolidan, dándola por imbatible” (Cfr. Blaustein, E. y Zubieta, M., 1998, 31).

El enunciador clave fue la Junta de Comandantes, la cual se constituyó a sí misma en portavoz del *pueblo*, al que se

lo convirtió en víctima de los embates de la *subversión*. La institución militar, al mando del gobierno, fue entonces quien definió las nuevas coordenadas desde las cuales se debía leer la situación del país. La legitimación que se adjudicó y que la convirtió en el principal sujeto de la enunciación, fue su lugar y función en la sociedad: las Fuerzas Armadas, según uno de los artículos, “son las únicas encargadas de salvaguardar sus instituciones”. (*Mendoza*, 12/09/76, 9). Y fueron sólo ellas quienes podían hacerlo, en tanto se definían a sí mismas como un espacio más allá de la política, entendida ésta como expresión de grupos e ideologías sectoriales, o más claramente como el lugar del conflicto.

En tanto pretendió no estar atravesada por la conflictividad social, la institución militar se declaró portadora de los verdaderos valores de la Nación; sólo ella podía reconducir el curso de los acontecimientos y restaurar el orden. Frente a la creciente movilización popular y la crisis política previa al golpe, la Junta consideró como única salida legítima la toma del poder. Las FFAA consideraron la intervención como una necesidad de carácter patriótico, pues, según esta interpretación, la Patria corría peligro de desaparición. Decía el Comodoro Ramírez Dolan:

Frente a esta situación, el gobierno que ha debido asumir la conducción de la provincia para el bien de sus habitantes ... Las Fuerzas Armadas están convencidas de que el firme ejercicio de la autoridad es absolutamente necesario para el logro del bien común (*Mendoza*, 22/09/76, 8).

Así, se procedió a una naturalización de las categorías de Pueblo, Nación y Patria. Se les adjudicó cierto modo de ser absoluto y por tanto, inmutable. En este proceso de ontologización / deshistorización, la noción de “pueblo” fue un universal abstracto. Tal como fue considerado por la Junta, el pueblo era víctima de la acción de la “delincuencia subversiva”; era un sujeto pasivo que sólo esperaba ser redimido. Esta construcción

del pueblo y de la Nación como víctimas, suponía un sujeto –el victimario– cuya acción era externa al pueblo y por tanto, atentaba contra la esencia misma del *ser argentino*.

A propósito del fin de la guerrilla en Tucumán, se dice:

La presencia extremista pretendió transformar a todo un pueblo y sus tradiciones cristianas en un rostro sin patria ni historia ... Volvió con el Ejército, y las fuerzas de seguridad, a retomar su vida la provincia (*Mendoza*, 12/09/76, 9).

La vida del pueblo, “la Tierra de los Cinco Ríos, como la denominara Sarmiento”, regresó con la intervención de las Fuerzas Armadas porque éstas eran depositarias de ese espíritu nacional que se oponía esencialmente a la “ideología foránea”, producto de la “fantasía esquizofrénica del aventurero subversivo”.

El plan de ocupar Tucumán fracasó. Debía ser así cuando sus forjadores intelectuales y los que fueron arrastrados por sus malsanas fantasías desconocían a su pueblo y a las Fuerzas Armadas, que se nutren de él ... También porque el aventurero subversivo sólo alzaba su solitaria fantasía esquizofrénica, mientras la Fuerzas Armadas y de seguridad llevan en sus espíritus, su pecho y en lo alto del asta los símbolos nacionales y la solidaridad de las poblaciones a las que ingresaban porque veían en ellas el país que en algún momento temieron perder... (*Ibidem*).

Detengámonos por un momento en la forma en que se construye aquí al presunto victimario. Claramente se lo sitúa en el plano de lo patológico, al caracterizar su discurso como un producto de la fantasía o delirio esquizofrénicos. La esquizofrenia³ es definida, desde el campo de la psicología, como

3 Clínicamente ... se destacan los siguientes caracteres: incoherencia del pensamiento, de la acción y de la afectividad (que se designa con las palabras clásicas “discordancia”, “disociación”, “disgregación”); la separación de la realidad con replegamiento sobre sí mismo y predominio de una vida interior entregada a las producciones de la fantasía (autismo); actividad delirante más o menos acentuada, siempre mal sistematizada; por último, el carácter crónico de la enfermedad, que evoluciona con ritmos muy diversos hacia el “deterioro” intelectual y afectivo, conduciendo a menudo

un tipo de trastorno mental en el que se produce un conflicto entre el yo (la personalidad) y el mundo externo; disociación que da lugar a la configuración de un mundo irreal o una neo-realidad. La objetivación de la evolución esquizofrénica, es la instalación progresiva del delirio, a través del cual el enfermo expresa en forma desorganizada e incoherente, su desapego respecto del mundo externo. En el discurso del esquizofrénico, el lenguaje oral y escrito se aleja de su función primordial y se convierte en un simbolismo personal⁴. El delirio o fantasía es una modalidad del Yo alienado. Alienado en el sentido de que se conduce y piensa en función de su concepción delirante, en vez de obedecer a la verdad y realidad comunes. Sin duda, lo anterior encierra un problema político⁵.

¿Por qué situar al adversario en la dimensión de lo patológico? Al caracterizar la ideología y la acción de la “subversión” como productos de la fantasía esquizofrénica, lo que se hizo fue restar veracidad a su discurso. El discurso dominante a mediados de los '70 remitió a la locura cualquier pensamiento opuesto a la “verdad”. Ésta se expresó en ese espíritu nacional, en sus símbolos patrios y en sus discursos sobre el orden y la autoridad. El lenguaje de la lucha de clases no era más que un extraño neologismo con sentido y validez exclusivamente para quien lo sustentaba: el “aventurero subversivo”. Ese lenguaje cargado de denuncia, leído desde la estructura ideológica dominante, no era más que el producto de una personalidad

a estados de aspecto demencial...”. (Jean Laplanche y Jean Bertrand Pontalis, Jean, *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998. 128).

4 Algunas alteraciones del lenguaje en la esquizofrenia: alteraciones en la forma y el estilo (puede ser extravagante, pedante, complicado), producción de neologismos (términos creados por el enfermo que se suponen provistos de sentido para él, pero que son totalmente absurdos e incomprensibles para el léxico común.).

5 A propósito de la función de control e higiene social de la psiquiatría, David Cooper desde la antipsiquiatría, nos dice: “Hay efectivamente un peligro en la “locura”. Pero es el peligro de lo inesperado, de lo espontáneo. Porque el loco no sorprende a los demás ... Es “en nuestras palabras” donde lo hace ... En este sentido, todos los locos son disidentes políticos. En cada delirio –o presunto delirio– se puede encontrar declaraciones políticas.”.(Cfr. “Encierro, psiquiatría, prisión», en Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder*. Buenos Aires, Alianza, 1990. 103).

delirante que había perdido toda capacidad de juicio sobre la realidad y por lo tanto, toda posibilidad de ser portavoz legítimo del pueblo. Frente a esto, la Junta Militar, como verdadera depositaria de los intereses nacionales, era quien podía hablar en su nombre.

La Junta como sujeto principal de la enunciación fue portavoz de una estructura de significaciones compartida con la alta jerarquía de la Iglesia Católica y los sectores más conservadores de la sociedad. Pretendió dar cuenta de la totalidad social y hablar en nombre de ella a partir de los valores y significaciones que conformaban su propio sistema ideológico. Produjo, de ese modo, un universal ideológico desde el que se reconocía al pueblo como aliado, y desde el que se le adjudicaban ciertas tradiciones y valores trascendentes que debían ser restaurados. El adversario era quien desconocía esos valores incontestables; era quien se ubicaba fuera de la nacionalidad y “arrastraba al pueblo” hacia su “delirio”.

Las Fuerzas Armadas no se colocaron, sin embargo, en el mismo estatuto que aquel pueblo indefenso sino por encima de él, en el lugar immaculado donde anida la nacionalidad siempre inmanente. La nacionalidad fue así una entidad suprahistórica, que justificó el accionar de la institución militar cuando la “política” y los “enemigos ideológicos” pusieron en peligro esa identidad absoluta y la sobrevivencia misma de la “Patria”.

Pero ¿de qué se habla cuando se nombra a la Patria, sus tradiciones, al “ser argentino”? ¿A qué se está haciendo referencia cuando se los evoca? ¿Qué sentido se le asigna a dichas categorías? ¿Y a qué valores y prácticas concretas alude la figura de la subversión como categoría antagonica?

2.2. De qué se habla: el nuevo proyecto civilizatorio

En el *Acta de los Propósitos del Proceso de Reorganización Nacional*, la Junta militar estableció como meta fundamental restituir, erradicando a la subversión, los valores esenciales del Ser Argentino, a saber: los valores de la tradición nacional y cristiana, afirmando que el lugar del país, en el contexto

internacional, era el mundo occidental y cristiano⁶. Los objetivos del PRN daban cuenta de una estrategia de recuperación de algo que había sido amenazado: el contenido y la imagen de la Nación. Esa Nación que hay que restaurar, alude a ciertos valores morales considerados como trascendentes: “valores como la entrega desinteresada a los demás, la justicia, la valentía, el autodomínio, el respeto por las autoridades naturales y el amor a la patria y a la familia que cobijan y protegen al hombre”. (*Mendoza*, 22/09/76, 8). Estos valores fueron asociados a la “dignidad esencial del ser humano” que sólo puede realizarse en la Nación y la Familia como ámbitos inmutables.

2.2.1. La familia: “célula básica de la sociedad”

La familia como valor absoluto, fue identificada con la familia cristiana, cuyo verdadero papel en la sociedad –se prescribía– era formar sujetos que estuvieran al servicio de la Patria y el país⁷. Cada uno de los miembros de la unidad familiar debía cumplir “roles naturales”: al padre, como jefe, le correspondía el ejercicio pleno de la autoridad; la madre guardaba obediencia al primero y se constituía en “centinela” de lo que piensan y hacen sus hijos.

6 *Acta fijando el Propósito y los Objetivos Básicos para el PRN*. “1) Propósito: Restituir los valores esenciales que sirven de fundamentos a la conducción integral del Estado, enfatizando el sentido de la moralidad, idoneidad y eficiencia, imprescindible para reconstruir el contenido y la imagen de la Nación; erradicar la subversión [...] a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia [...] adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del Pueblo Argentino. 2) Objetivos Básicos: 2.1 Concreción de una soberanía política basada en el accionar de instituciones constitucionales revitalizadas, que ubiquen permanentemente el interés nacional por encima de cualquier sectarismo, tendencia o personalismo. 2.2 Vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino. 2.3 Vigencia de la seguridad nacional, erradicando la subversión y las causas que favorecen su existencia. [...] 2.9 Ubicación internacional en el mundo occidental y cristiano [...]”. En Asociación Madres de Plaza de Mayo, *Massera. El Genocida*. Buenos Aires, La Página, 1998. 199.

7 La familia es uno de los temas aludido en la mayoría de los artículos seleccionados. Sin embargo, encontramos mayor riqueza semántica en el artículo “La importancia de la familia destacó vicario de Bahía Blanca.” *Diario Mendoza*, 03/10/76. p. 4.

Se acentuó la importancia de la familia frente a las amenazas que la acechaban desde afuera a través de prácticas concretas como el divorcio y la libertad sexual; prácticas promovidas por “los regímenes totalitarios que intentan destruir la célula básica de la sociedad ... países que sufren el terrible coletazo de un gobierno marxista.”, como afirmó Monseñor Ognonevich. (*Mendoza*, 03/10/76, 4). Pero el peligro de disolución también tuvo una causa interna: la crisis de autoridad dentro de la propia familia, que se manifestaba también en todos los órdenes de la vida social. Autoridad designa aquí “un servicio desinteresado en beneficio de aquellos a quienes naturalmente se debe conducir” (*Mendoza*, 22/09/76, 8); supone la existencia de “conductores o jefes naturales” (los padres, las FFAA), y de quienes “naturalmente deben ser conducidos” (los hijos, la juventud, el pueblo). Cuando esta autoridad no se ejerce o entra en crisis, la juventud se convierte en blanco de “filosofías ateas y materialistas” que la inducen a abandonar sus deberes y responsabilidades para con la sociedad.

Decía el vicario: “las madres deben formar hijos nobles y cristianos antes que estar sufriendo la muerte de soldados y civiles, pues muchas expresan su dolor cuando el hecho ya está consumado y su hijo en la cárcel, en vez de prevenir que esto ocurra”. (*Ibidem*). Prevenir significó en este contexto formar hijos cristianos. Mientras que el encarcelamiento y la muerte de los hijos se produjo como consecuencia del alejamiento de la forma de vida cristiana, y cuando la juventud se dejaba tentar, como afirmó Ramírez Dolan, por “ideologías simplistas y utópicas” que “por su falsedad, la condujeron al desengaño, la frustración y la violencia...”.

Esa formación cristiana de sujetos “genuinamente argentinos”, no tuvo a la familia como único ámbito, sino también al sistema educativo formal. Es aquí donde se apeló precisamente a la figura de Sarmiento desde un “nuevo” marco ideológico y en consonancia con el nuevo proyecto civilizatorio.

2.2.2. La Escuela: Sarmiento o “El nuevo Moisés”

... buscamos en el aniversario de su muerte revitalizar el recuerdo de la personalidad para reencontrar una guía que pueda servirnos en nuestro accionar diario (Cnel. Juan E. Echazú, Ministro de Cultura y Educación de Mendoza, 1976).

En 1976, el Ministro de Educación de la provincia, en su discurso a propósito del día del maestro, aludió a la figura de Sarmiento para “extraer enseñanzas de su vida y obra, valde-
deras al momento actual”. Se buscó en Sarmiento un modelo axiológico: sus virtudes personales y su concepción educativa fueron elevadas a máximas indiscutibles. “Educar es civilizar al Pueblo”, se decía en el artículo citando al “maestro universal”. El programa educativo, y el docente como actor directo, tenía una “función sacerdotal” esencial: el proyecto civilizatorio fue definido antes que nada, como proyecto espiritual ligado a los valores permanentes, es decir, a los valores cristianos. El ministro dijo:

... fortalecer el quehacer pedagógico con valores permanentes: que su acción sea inspirada por recto orden moral y fundada en los principios cristianos que orientan la vida y dan sentido a la misión educativa (*Mendoza*, 12/09/76, 6).

La práctica pedagógica fue definida como inseparable de los principios cristianos, asociación que no aparece en Sarmiento. Estos principios y el servicio a la Patria fueron los ejes que otorgaron sentido a la misión educativa, a la civilización del pueblo. Aquí el poder militar y los sectores sociales que representaba, operaron un desplazamiento del sentido de la fórmula “civilización o barbarie” tal como fuera usada por Sarmiento y la generación heredera. Si antes la civilización era definida en relación al ideario liberal del republicanismismo, el laicismo en la educación y la libertad de expresión, en 1976 las nuevas categorías que aparecieron asociadas a la misión civilizadora fueron: cristianismo, autoridad, jerarquía y Patria. La dicotomía civilización o barbarie se definió entonces desde el ideario del

nacionalismo conservador y la doctrina de la seguridad nacional.

Estos nuevos sentidos de la categoría de Civilización se consideraron inherentes a “los esquemas adoptados por el gran educador”. Sarmiento aparecía en 1976 como modelo inmortal identificado con la imagen del maestro argentino⁸. Se recurrió a su nombre para interpelar a los maestros sobre el carácter sacerdotal de la docencia. Con respecto a la concepción educativa de Sarmiento, decía el Ministro de Cultura:

... fue su inquebrantable fe en el “poder redentor” de la educación. Creyó que por medio de ella era posible modificarlo todo: sacar al país de la ignorancia, civilizarlo...” (*Ibidem*).

La docencia fue considerada en 1976 como mecanismo de transformación del país y de afirmación de la Patria frente a los “enemigos ideológicos”.

Sarmiento encarnó la figura de la civilización: sus virtudes conformaron un “modelo omnipresente”. En la Editorial del Diario *Mendoza*, Sarmiento fue visto como “un contemporáneo”, porque sus ideas “civilizadoras y progresistas” seguían definiendo el futuro de la Nación. Su figura no era asunto del pasado argentino, pues había “trascendido el marco de la historia”. La vigencia y la fuerza de su imagen, así como las virtudes que se le adjudicaban (“luchador”, “visionario”, “conductor de su pueblo”), lo elevaban al estatuto de “Nuevo Moisés”:

En este aniversario de su muerte, resuena con renovado acento la voz tonante de este nuevo Moisés, conductor de su pueblo, proyectando sobre el futuro de la Patria ... no la sombra tutelar de su recuerdo sino la fuerza vital de sus ideas, de su intransigencia contra el atraso, la inercia y el

8 Las virtudes que se le atribuyen a Sarmiento fueron convertidas en máximas para la práctica docente: “ser ejemplo y modelo de vida”; “equilibrio de su personalidad absorbiendo los propios problemas sin proyectarlos a la actividad escolar”; orientar la acción según “los principios cristianos que dan sentido a la misión educativa”; “comprensión, unidad, respeto mutuo y mantenimiento del principio de autoridad entre los miembros de la comunidad educativa”; “comprometer el quehacer educativo al servicio de la patria”; “estar preparado contra los ataques de los enemigos ideológicos, constituyéndose en centinelas alertas de la conciencia de sus alumnos”. En “A mantener inquietud de superación y actualizar...” (*Mendoza*, 12/09/76, 6).

indiferentismo conformista; contra la sumisión gregaria, pasto de la demagogia ... y contra los frutos de la incultura y el fanatismo oscurantista" (*Mendoza*, 12/09/76, 6).

Ahora bien, si en el texto se afirmó la vigencia del autor del *Facundo*, declarándolo un modelo a seguir; si se rescataron sus cualidades de "luchador" en contra de la "ignorancia", el "fanatismo sectario" y la "barbarie anárquica y montonera", es porque en el discurso se entabló un paralelismo entre el momento precedente a la construcción de la nación moderna y el momento que atravesaba el país previo a 1976. La realidad social, el pasado inmediato y el futuro deseado en uno y otro caso, fueron leídos desde la misma estructura categorial: civilización o barbarie⁹.

Se identificó indirectamente a la barbarie con "los frutos de la incultura" y "el fanatismo oscurantista" del pasado, que tomaban forma en el presente en la figura de "los inadaptados" que pretendían borrar la presencia de Sarmiento: "Pocas naciones pueden exhibir un caso como el de nuestro Sarmiento, tan vivo hoy como ayer, con la supervivencia que dan cuenta los inadaptados, la incivilidad, la torpeza de la bomba anónima de alquitrán que pretende borrar su presencia entre nosotros". Borrar esta presencia significó entonces, estar del lado de "los enemigos del liberalismo", situarse en el mundo de la barbarie.

En 1976, el nuevo proyecto civilizatorio fue definido antes que nada, como proyecto espiritual ligado a los valores cristianos y al modelo patriarcal de organización social y familiar. La identidad nacional fue constituida en torno al modo cristiano de vida, a la tradición y símbolos patrios promovidos desde la historiografía liberal-conservadora.

9 En "Presencia de Sarmiento", la recuperación de la figura del sanjuanino se hizo apelando al nombre de Leopoldo Lugones. Este escritor fue a partir de la época del Centenario, un representante de ese nacionalismo de derecha que invertirá la jerarquía de valores de la fórmula sarmientina original. Esa reutilización y resignificación de civilización o barbarie se realizaron desde un nuevo marco ideológico: el fascismo europeo. Se produjo así, un vaciamiento del sentido original de la categoría de civilización y se buscó en la Tradición un nuevo principio de cohesión social frente al obrero inmigrante, expresión de la descomposición social (cuestionamiento del sistema a través del ideario revolucionario del momento: el anarquismo y el socialismo).

Dicho proyecto tuvo a las nociones de autoridad y jerarquía como ideas rectoras. Autoridad suponía la existencia de “conductores o jefes naturales”, y quienes “naturalmente deben ser conducidos”. Ese nuevo proyecto evocó la imagen de una sociedad organizada jerárquicamente, donde la distancia entre representantes y representados resultó tan profunda, que la sociedad civil quedó desplazada de los espacios de conducción y participación política. La democracia a la que se pretendía regresar, luego de cumplidos los objetivos del PRN, era la democracia de los “notables”. Nuevamente se estaba frente a la “república conservadora” en la que el posicionamiento a favor del liberalismo se refería sólo a la organización de la economía.

Esta separación “natural” entre conductores y conducidos se reproduce en todos los ámbitos. En la familia, la organización de los miembros se hizo de acuerdo al modelo patriarcal y orientada según la moral cristiana. En la escuela, se impuso un modelo paternalista-autoritario que acentuaba la distancia entre maestro y alumno, convirtiendo al segundo en objeto pasivo que debía ser guiado y que recibía, acriticamente, los contenidos transmitidos por el primero. La práctica pedagógica se definió como inseparable de los principios cristianos, pues su tarea fundamental fue la reconstrucción de la nacionalidad para formar sujetos genuinamente argentinos. La figura de Sarmiento también resultó resignificada: se lo convirtió en el “El Nuevo Moisés”, para el cual la educación tenía, fundamentalmente, un “poder redentor”.

El discurso dominante invirtió de este modo, la estructura axiológica del discurso sarmientino. La Civilización, que era antes definida en relación al ideario liberal del republicanismo, el laicismo en la educación y la libertad de expresión, en 1976 fue definida desde otro marco ideológico. La tradición, la religión y lo patriarcal pertenecían, para Sarmiento, al orden de la barbarie; formaban parte de aquella “ideología medievalista” del pasado español, cuyo contenido reaccionario y negativo obstaculizaba el programa civilizatorio que aseguraría la entrada a la Modernidad.

Ahora bien, ¿quién o quiénes representan la figura de la barbarie en 1976? ¿Cuál es el reverso de las “ideas progresistas y civilizatorias” de aquel Sarmiento aludido como autoridad incontestable? Indudablemente lo que se llamó “subversión” y aquello que se le adjudicó como uno de sus símbolos: “la bomba anónima de alquitrán”. También configuró el nuevo rostro de la barbarie, el estado de “desorden político” que anidó y dio amparo a la subversión antes del golpe.

2.3. Contra quién se habla:

“Quiénes son los enemigos del Pueblo”

En el nuevo discurso civilizatorio se apeló a aquella identidad nacional absoluta para definir a la subversión, por contrapartida, como un fenómeno externo¹⁰. A propósito de la Biblia latinoamericana, dijo Monseñor Sancierra:

... la Biblia Latinoamericana ... encuadra dentro del plan establecido por el Comunismo internacional, cuya doctrina es extranjera, atea, perversa y sanguinaria, para la subversión y luego esclavitud de nuestro continente (*Mendoza*, 10/09/76, 2).

La construcción del lugar del enemigo se hizo a partir de su origen externo respecto de la tradición nacional: se trataba de la acción planificada de un sujeto abstracto (“el comunismo internacional”) que acechaba al país y al continente para esclavizarlo. Exterioridad que devino en fundamento a partir del cual esa “doctrina” y su agente son declarados una realidad falsa, contrapuesta a los genuinos valores del Ser Argentino. Se trataba al mismo tiempo de un enemigo externo que tenía aliados internos, lo que legitimaba una nueva práctica de exclusión dentro de las fronteras nacionales que reorientó la función

10 Este punto es claramente expuesto por el Gobierno de la Junta en su libro: “*El Terrorismo en la Argentina*”, publicado en 1979. Allí se hace una detallada descripción de cada una de las organizaciones revolucionarias y sus acciones. En el Prólogo se dice: “El informe pone de manifiesto el origen externo de la subversión que hoy en la derrota ha regresado al punto de partida y dirige desde allí una campaña ominosa contra la Nación”; “Frente a ellos (los terroristas), el pueblo y la fuerza legítima”.

clásica de las Fuerzas Armadas (defensa frente agresión externa)

Pensemos un momento qué supone equiparar tradición cristiana y occidental a espíritu nacional, al modo genuino de Ser Argentino. De hecho, si lo propiamente nacional es la tradición cristiana, todo lo que difiera de ese marco ideológico simplemente no es considerado expresión del pueblo, no es Nacional. Y aquí el doble movimiento: lo que no es Nacional, no es Verdadero.

La construcción del adversario se hizo negando sus reivindicaciones y relegándolas al plano de la “fantasía”, la “ideología” o el “fanatismo oscurantista”, que se contrapusieron a la Verdad de aquellos “valores trascendentes” inspirados en la forma de vida cristiana y occidental. Esos valores operaron como principio de legitimación para la toma del poder del Estado y el aniquilamiento sistemático del Otro. La llamada “lucha contra la Subversión” fue elevada, de ese modo, al estatuto de “guerra patriótica”.

En el plano socioeconómico, lo nacional fue cierta forma del Liberalismo, y la subversión, como antivalor, el rostro del Comunismo; la valoración negativa de este último quedó expuesta en los discursos seleccionados. El fantasma del comunismo como nueva figura de la barbarie, evocó el peligro de la descomposición social, la pérdida del orden social imperante. Se postuló un regreso al pasado, pero no al pasado inmediato que era sinónimo de caos, crisis política, y crisis de los valores cristianos que habían permitido la presencia y permanencia del “terrorismo”. El regreso fue hacia el modelo liberal restrictivo de la generación del '80 y sus herederos del '30, pues la democracia inorgánica, donde la juventud desbordaba los palcos, la plaza mayor, los espacios de gobierno y los sindicatos, constituía un exceso de la democracia formal y por tanto, el tránsito casi inevitable hacia un nuevo sistema social. El último gobierno peronista era visto como la antesala de la Revolución Socialista. Si la Junta presidía un proceso de re-organización del país era, como dice el Acta, para “asegurar la posterior instauración de una democracia adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del Pueblo Argentino”.

La civilización cristiana y occidental fue entonces el principio en nombre del cual se excluyó toda práctica social disidente, y el ideal en nombre del cual se promovió la represión sistemática del otro, hasta lograr su desaparición. Ese "Otro", no ha sido directamente calificado de bárbaro, pero,

Si la *civilización* se convierte en un poder represivo, las fuerzas sociales que pugnan por su transformación asumen de un modo u otro la función de ruptura, lo que con las precauciones señaladas, no sería erróneo considerarlas como una forma de barbarie largamente ejercida (Roig. A., Op. cit., 88).

Los enemigos del pueblo, que configuraron el nuevo rostro de la barbarie, eran aquellos que habían amenazado la verdadera tradición nacional, definida por el modo cristiano y occidental de vida. La figura del nuevo bárbaro fue el comunismo, que en el contexto geopolítico del momento hacía referencia a los países del este. Su referente local fue lo que en el discurso dominante se llamó "Subversión", que como universal abstracto, englobaba todas las prácticas disidentes, no sólo las que se vinculaban directamente con la lucha armada. Para la Junta, la lucha contra la subversión debía darse en todos los ámbitos: educativo, laboral, intelectual, sindical; pues todas sus expresiones favorecían la acción de la guerrilla y aún más, constituían parte del mismo plan internacional del Comunismo; "para la subversión y luego esclavitud de nuestro continente" (Mendoza, 10/09/76, 2)

Por otro lado, ese nuevo bárbaro evocó al peronismo, régimen político que en el discurso militar se acercó a aquella democracia inorgánica, espontánea, de los caudillos y las montoneras campesinas del siglo XIX. Tanto la Junta de comandantes, como la élite liberal del siglo XIX, realizaron la misma lectura respecto del pasado inmediato, el cual fue valorado negativamente como un estado de desorden y demagogia.

Sin embargo, aquel primer proyecto civilizatorio no suponía la recuperación de una forma de vida anterior, sino el comienzo abrupto de una forma de organización social radicalmente

distinta. En 1976, el proyecto civilizatorio promovido por los grupos dominantes supuso la recuperación de una pretendida identidad nacional que había sido amenazada. Es decir, que la valoración negativa del pasado inmediato se hizo porque éste fue visto como la antesala del Socialismo.

A modo de conclusión

El golpe de Estado de 1976 y la instauración de la dictadura constituyeron una *salida regresiva* a la crisis que abrió paso a la recomposición de la hegemonía burguesa. Como estrategia de *recuperación de la Nación*, puso en marcha un nuevo proyecto *civilizatorio* tendiente a situar al país en el espectro de los países capitalistas alineados en la lucha contra el socialismo. En los artículos analizados, la reconstrucción de las categorías sarmientinas se hizo a partir de un nuevo marco político ideológico: el nacionalismo conservador de los sectores dominantes a la luz de la Doctrina de la Seguridad Nacional, frente a la amenaza que representaba la posibilidad del socialismo en América Latina, luego del triunfo de la revolución cubana.

La figura de la *Civilización* estuvo asociada a la *tradicición*, la *religión cristiana*, la *jerarquía* y el firme *ejercicio* de la *autoridad* en todos los ámbitos. El poder militar se definió a sí mismo como el legítimo portador de esos valores, y emprendió su misión de devolvérselos al pueblo, asediado por la acción subversiva. La figura del *nuevo bárbaro* fue vinculada al *comunismo*, su ideario revolucionario junto a su agente local: la *Subversión* como universal abstracto, que englobó todas las prácticas (no sólo la de las organizaciones armadas) que se opusieran a los modos tradicionales de vida y de organización social.

Si en el discurso dominante de 1976 la formación de buenos cristianos fue establecida como condición de posibilidad de una ciudadanía plena, al servicio de los verdaderos intereses de la Patria, se puede ver la asociación de elementos ideológicos diversos, que implican un desplazamiento del ideario liberal

clásico desde el que Sarmiento pensó la historia en términos de Civilización o Barbarie. Para el sanjuanino, la continuidad de la tradición hispánica colonial pertenecía al orden de la barbarie; su contenido retrógrado obstaculizaba el programa civilizatorio.

Sin embargo, más allá de las resemantizaciones que se hicieron de las categorías de la célebre fórmula usada por Sarmiento, encontramos en los discursos de 1976 la misma lógica de construcción del adversario que se desliza en la oposición *civilización o barbarie*. Esa lógica supone la estigmatización del Otro, sea considerándolo como “bárbaro”, “delincuente subversivo” o “aventurero extremista”. Este tratamiento del enemigo como un fenómeno de “oscuros fines”, pretendió anular toda legitimidad del conflicto social del que eran expresión, relegando sus reivindicaciones al plano de la “fantasía”, la “ignorancia” o la “ideología”, al que se oponían la “verdad” y los “valores esenciales del ser argentino”. El discurso operó de ese modo como ocultamiento de la realidad para justificar el orden social capitalista, cuya vigencia se declaró indiscutible.

Pensar la conflictiva realidad argentina de los ´70 desde esta lógica de exclusión supuso que esa identidad absoluta amenazada por un fenómeno que “no nos pertenece”, sólo podía ser recuperada mediante el aniquilamiento del enemigo. A partir de esta *dialéctica opcional*, la conciliación era imposible. Estábamos en presencia de un discurso antitético que sólo operaba la inversión axiológica de los términos y del que se desprendía nuevamente una práctica excluyente, institucionalizada en el aparato represivo de la dictadura.

Esa lógica excluyente parece ser la impronta del liberalismo argentino, que en la defensa de la “democracia” ha oscilado entre prácticas electorales restrictivas hasta el más explícito militarismo. Sobre esto nos advertía el *último* Alberdi en forma de autocrítica, ya en su vejez:

... Toda política educada y formada por la influencia moral de tal iglesia, todo gobierno fundido en el molde de esa religión, verá naturalmente en la menor disidencia de opinión, una herejía punible de exclusión o excomunión; en todo disiden-

te un hereje, un desertor, un traidor político. *Disidente* será sinónimo de *enemigo*. Exterminar al infiel es salvar la idea santa que la iglesia profesa.

... la libertad a menudo se confunde con el disentimiento, es decir, con lo que la idea autoritaria llama sedición, desorden, traición ...

Ser libre, para esa política, es pensar y opinar como todo el mundo. Separarse de la opinión común, no es libertad: es licencia, rebelión, traición. ...

Pues bien, en esa política están educados y formados los liberales, sobre todo los *libertadores* de Sud América (Alberdi, J. B., 1899, 616-617).

Bibliografía

- Alberdi, J. B., *Escritos Póstumos. Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas*, Tomo X. Buenos Aires, Imprenta Cruz Hermanos, 1899.
- Arpini, Adriana, *América Latina y la moral de nuestro tiempo*, Mendoza, EDIUNC, 1997.
- Ábalo, Ramón, *El terrorismo de estado en Mendoza*, Mendoza, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, 1997.
- Asociación Madres de Plaza de Mayo, *Massera. El Genocida*, Buenos Aires, La Página, 1999.
- Blaustein, Eduardo y Martín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Duhalde, Eduardo, *El Estado Terrorista Argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Foucault, Michel, *Un diálogo sobre el poder*, Buenos Aires, Alianza, 1990.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza, 1991.
- Laplanche, Jean y Jean Bertrand Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Massuh, Víctor, *El llamado de la Patria Grande*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- O'Donnell, Guillermo, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1973.

- Roig, Arturo, *Rostro y Filosofía de América Latina*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, EDIUNC, 1993.
- Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Svampa, Maristella, *Civilización o Barbarie: El Dilema Argentino. De Sarmiento al Revisionismo Peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.

Documentos

- Poder Ejecutivo Nacional, *El Terrorismo en la Argentina*. Buenos Aires, 30/12/79.

Artículos periodísticos diario Mendoza

- "A mantener la inquietud de superación y actualizar su capacitación instó Echazú", 12/09/76, 6.
- "Después de la pesadilla, retornan a Tucumán la paz y la seguridad", 12/09/76, 9.
- "La importancia de la Familia destacó vicario de Bahía Blanca", 03/10/76, 4.
- "Presencia de Sarmiento", 12/09/76, 6.
- "Repudió Monseñor Sancierra edición de biblia apócrifa", 10/09/76, 2.
- "Se invitó a la juventud a ocupar un rol protagónico", 22/09/76, 8.